Globethics Repository



Luces, sombras y opciones de la Iglesia, hoy, en España, [Lights, shadows and options of the Church today in Spain]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Bestard, Joan,
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-13 08:50:10
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/223164

LUCES, SOMBRAS Y OPCIONES DE LA IGLESIA, HOY, EN ESPAÑA

Por JOAN BESTARD COMAS

La Iglesia en España va tomando progresivamente conciencia de que ha llegado ya la hora de consolidar las grandes intuiciones del Concilio. Es un momento abierto a la esperanza porque en muchas de nuestras Iglesias locales van madurando sin sobresaltos las ideas-clave del Vaticano II. El momento actual de la Iglesia en España constituye un panorama complejo de luces y sombras que debe ser analizado con serenidad y profundidad, sin dejarnos llevar por optimismos ilusorios ni por pesimismos derrotistas.

Hoy nuestra pastoral necesita creadores responsables. Sin creatividad, en el campo pastoral, corremos el grave peligro de dar respuestas rutinarias a preguntas que nadie nos hace. Una pastoral anodina, de simple «mantenimiento», de «conservación», de «ir tirando» no es una respuesta válida para la sociedad actual. Una Iglesia encerrada en los cuarteles de la mediocridad no sirve para evangelizar al hombre de hoy, en España, que vive en una sociedad cada vez más secular y pluralista. Un cristianismo cansino y convencional no sirve para el momento presente. Necesitamos una fe «confesante». Sin triunfalismos, es verdad, pero abiertamente «confesante». Necesitamos una pastoral de misión, de evangelización. Ya no se trata, primordialmente, de «mantener» la fe, sino de suscitarla, de testimoniarla y de anunciar sin miedo la Buena Nueva de Jesús a los hombres de hoy, redescubriéndoles la fuerza humanizadora y el valor liberador del hecho religioso.

I. PRINCIPALES LOGROS DE NUESTRA IGLESIA EN ESPAÑA

1. Se avanza hacia una Iglesia más comunitaria y misionera

En nuestra Iglesia se nota un despertar de su sentido comunitario y misionero. Vamos viendo cada vez con más claridad que la Iglesia es *una realidad profunda de comunión y de misión.* La Iglesia, entendida como comunión, como fraternidad real vivida, como comunidad, es la mejor plataforma para llevar a cabo su misión en medio del mundo, que puede sintetizarse así: dar sentido pleno a la vida del hombre y mostrarle la liberación integral, la salvación, que se encuentra en Jesús, el Señor.

Las pequeñas comunidades cristianas, fenómeno cada vez más significativo en nuestro panorama pastoral, han potenciado, sin duda, este sentido comunitario y misionero de la Iglesia y a la vez han ayudado a muchos creyentes:

- a profundizar su sentido de pertenencia activa a la Iglesia;
- a madurar, vivir, testimoniar y celebrar con más hondura su fe en Jesús;
- a despertar su conciencia crítica frente a las injusticias del mundo, asumiendo compromisos concretos y esforzándose por llegar a ser levadura de una nueva sociedad;
- a encontrar un marco más cálido de relaciones humanas y eclesiales que permitan superar el anonimato y la masificación de muchos sectores de la sociedad actual;
- a dar razón de su esperanza cristiana y a experimentar lo que significa la vivencia de la caridad evangélica en su doble vertiente: asistencial y estructural (1).

También estas comunidades eclesiales de base han despertado a veces el espíritu comunitario de la parroquia, transformándola en una *comuni-*

(1) Cfr. JOAN BESTARD: «Realidades y carencias de nuestro quehacer pastoral», en *Ecclesia,* núm. 2.098, 23 de octubre de 1982, págs. 12 y 13; «Nuestros agentes de pastoral», en *Vida Nueva,* núms. 1.348-49, 16-23 de octubre de 1982, pág. 26.

dad de comunidades, con más capacidad de dinamismo evangelizador de cara al mundo de hoy (2).

Las pequeñas comunidades cristianas son, ante todo, una respuesta teológica a las exigencias del dinamismo de la fe, de la esperanza y de la fraternidad cristianas y, al mismo tiempo, una respuesta adecuada a los desafíos sociológicos del mundo de hoy, como la movilidad, el anonimato urbano, la socialización, la secularización y el pluralismo (3). Estas comunidades de talla humana (ya más de cinco mil en España) son un signo de la acción del Espíritu y una esperanza para el futuro de la Iglesia porque pueden ayudar a reconstruir su tejido comunitario, que es su tejido genuino y originario.

2. Se avanza hacia una Iglesia más corresponsable

Estas cuatro ideas eclesiológicas básicas, síntesis de la doctrina del Vaticano II:

– en la Iglesia todos los miembros son necesarios;
– en la Iglesia todos los miembros deben ser activos;
– en la Iglesia sus miembros ejercen diversidad de funciones, y
– en la Iglesia todos somos corresponsables,

van empapando poco a poco nuestras estructuras pastorales y de una visión de Iglesia piramidal hemos ido pasando a una imagen de Iglesia de comunión y de participación activa de todos sus miembros, donde los ministerios ordenados ya no lo acaparan todo y donde los laicos han dejado de considerarse «eternos menores de edad».

La visión de la Iglesia que nos ofrece la *Lumen Gentium* es la de *pueblo de Dios,* en el que la responsabilidad es compartida por todos los que pertenecen al mismo (4). Todos somos corresponsables en la Iglesia. Esta

(2) Cfr. COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL: *Servicio pastoral a las pequeñas comunidades cristianas,* Ed. Edice, Madrid, 1982, págs. 33 y 34; JOAN BESTARD: «La pequeña comunidad cristiana, respuesta a los condicionamientos sociológicos del mundo de hoy», en *Sal Terrae,* núm. 12, diciembre de 1982, pág. 836.

(3) Véase un análisis detallado de estos fenómenos sociológicos y de su repercusión en el hecho religioso, en JOAN BESTARD: *Mundo de hoy y fe cristiana,* Ed. Narcea, Madrid, 1984, 4.ª edición, revisada y aumentada. También en dicha obra se estudian los fenómenos del cambio sociocultural, la tecnología y el consumo, y su directa incidencia en la vida cristiana.

(4) Cfr. *Lumen Gentium,* 9-17.

es una idea clave que –no sin dificultades– se está abriendo paso en la pastoral española, y ello implica «que nadie suplante a nadie en sus responsabilidades, que todos nos sepamos complementarios y que todos nos sintamos unidos en el servicio del Reino» (5).

La eclesiología del Vaticano II, a la que quiere responder con fidelidad nuestra Iglesia, es la eclesiología de la comunión y de la corresponsabilidad. La afirmación de *todos somos Iglesia y todos hacemos la Iglesia* quiere decir que formamos parte de un pueblo vertebrado en diversos ministerios o servicios, en el cual cada miembro tiene su tarea y todos convergen en la realización de la única misión de la Iglesia: hacer llegar al mundo la salvación de Jesús.

En la Iglesia, la corresponsabilidad afecta a todo el pueblo de Dios, no simplemente a la jerarquía. El centro de gravedad de la Iglesia no es la jerarquía (Papa, obispos, sacerdotes y diáconos), sino la comunidad. La jerarquía en la Iglesia, ciertamente, tiene su lugar indispensable y esencial (así lo quiso Jesús al fundar la Iglesia), pero se trata de un *lugar de servicio* a la comunidad (6). El Vaticano II nos recuerda que lo primario y fundamental en la Iglesia es el pueblo de Dios, en el cual y desde el cual se ha de entender la jerarquía eclesiástica.

Las manifestaciones concretas más destacables de la corresponsabilidad eclesial en nuestro país son las siguientes:

a) Las Asambleas y Sínodos que se han celebrado y se celebran en diversas diócesis españolas, con notable e intensa participación laical, en vistas a elaborar, juntamente con los sacerdotes, religiosos y religiosas, un proyecto coherente de acción pastoral que acentúa el carácter prioritario de la evangelización.

b) Los Consejos de Pastoral a diferentes niveles (parroquia, arciprestazgo, zona, diócesis) que hoy funcionan en España y que son expresión de comunión y corresponsabilidad, a la vez que motor de una acción pastoral de conjunto que ha hecho posible en la Iglesia la activa participación de los seglares, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas.

---

(5) ANTONIO BRAVO: «Reflexión pastoral sobre el tema de los ministerios laicales», en *Los ministerios laicales como cauce de corresponsabilidad en la pastoral de la Iglesia local. VIII Reunión Nacional de Vicarios de Pastoral. Majadahonda (Madrid), 3-6 de mayo de 1982.* Editado por el Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral, Madrid, 1982, pág. 71.

(6) Cfr. *Lumen Gentium*, 18; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: *La visita del Papa y la fe de nuestro pueblo. Exhortación colectiva del Episcopado Español (25-7-1983)*, 26.

c) Los Consejos de Laicos, cuya misión fundamental es agrupar colegiada y representativamente a todos los cristianos seglares de una diócesis para participar en la misión evangelizadora de la Iglesia. Estos Consejos atienden a los problemas específicos de los seglares, cuya solución redunda en la eficacia de los Consejos Pastorales que se enfrentan con la misión total de la Iglesia.

d) Los Consejos Parroquiales y Diocesanos de Economía a través de los cuales los laicos intervienen directamente en la administración de los bienes de la Iglesia, de cara a su autofinanciación.

e) La presencia creciente de laicos y religiosas en nuestras obras de Cáritas y en las delegaciones diocesanas, sobre todo en las de Economía o Patrimonio, Catequesis, Enseñanza, Acción Social, Familia, Apostolado Seglar, Pastoral Sanitaria y Pastoral de Turismo, así como también en la catequesis específica para la preparación de algunos sacramentos.

f) La existencia en nuestras Iglesias locales de una gran variedad de servicios o ministerios ejercidos por laicos en el ámbito de la pastoral. Cabe destacar sobre todo el servicio o ***ministerio catequético laical.*** Estos ministerios laicales no deben ser colaboraciones esporádicas, sino servicios bien definidos y cualificados, necesarios para la comunidad, que comportan una verdadera responsabilidad, son reconocidos por la Iglesia local y suponen una cierta duración o estabilidad.

g) El resurgir –aunque todavía lento– de los Movimientos especializados de apostolado seglar, a través de los cuales los laicos se sienten corresponsables de la misión evangelizadora de la Iglesia en los diferentes ambientes de nuestra sociedad. Los Movimientos laicales especializados son espacios privilegiados de la Iglesia para potenciar la presencia de los seglares en los diferentes ámbitos de la vida pública. Gracias a estos Movimientos, los laicos:

- descubren en dichos ámbitos, como llamada y desafío, la acción salvadora de Dios;
- se esfuerzan por transformar la realidad, en busca del Reino; y
- son testigos y signos de salvación, ejerciendo el carisma que les es propio (7).

---

(7) Cfr. «Conclusiones de la X Reunión General de Vicarios de Pastoral, celebrada en Majadahonda (Madrid), del 7 al 10 de mayo de 1984», en *Intercomunicación*, núm. 37, junio de 1984, pág. 2; FERNANDO SEBASTIÁN: ***Presentación del Programa Pastoral de la Conferencia Episcopal Española: «La visita del Papa y el servicio a la fe de nuestro pueblo»***, Ed. Edice, Madrid, 1983, pág. 13.

b) Los numerosos agentes de pastoral (más de 200 laicos, 12.491 religiosas, 8.429 religiosos y 843 sacerdotes seculares) de nuestra Iglesia española, que sintiéndose corresponsables en la misión universal de la Iglesia han entregado lo mejor de sus vidas a la evangelización y promoción humana del Tercer Mundo (8).

II. PRINCIPALES CARENCIAS DE NUESTRA IGLESIA EN ESPAÑA

Aunque en los dos puntos precedentes, que he considerado como logros, también se dan deficiencias notables, desearía, seguidamente, enumerar y explicar algunas de las principales carencias de nuestra pastoral actual:

1.ª En estos últimos años, en el campo pastoral, se ha hecho un gran esfuerzo *ad intra* (renovación litúrgica, renovación catequética, renovación en nuestras obras caritativas y sociales, etc.), pero *se ha olvidado bastante la proyección hacia los alejados.* Puede resultar peligroso encerrarnos en tareas exclusivamente intraeclesiales y no abrirnos al mundo de los alejados. Recluirnos en una tierra acotada y segura, olvidando la fuerza misionera del Evangelio, es un peligro grave que puede correr nuestra pastoral hoy. Nuestra Iglesia, actualmente, ha de prestar especial atención a aquellos sectores donde está menos presente: obreros, intelectuales, jóvenes de dieciocho a veinticinco años, inmigrados y marginados. Aún cuesta trabajo encontrar a la Iglesia, con una decidida actitud evangelizadora, en ciertas zonas de avanzadilla que son muy importantes para el futuro del país y de la misma Iglesia. Da la impresión, a veces, que en «la intemperie de una sociedad secular y pluralista» (9), y ante la magnitud y dificultad de la tarea evangelizadora que queda por hacer, somos presa fácil de la fatiga y del desencanto. ¿Conseguiremos superar, ir más allá, del círculo de los más adeptos en nuestra pastoral? ¿No es éste, tal vez, un círculo demasiado cómodo? Se hace necesario salir de este círculo y llegar a más gente, a más ambientes. Necesitamos de una pastoral que llegue a la «masa» para convertirla en «pueblo» y al pueblo creyente estructurarlo en comunidades

(8) Cfr. JOAN BESTARD: «Realidades y carencias de nuestro quehacer pastoral», ar. c., págs. 13 y 14; «Nuestros agentes de pastoral», ar. c., pág. 25.

(9) CONSEJO DE DIRECCIÓN DE «IGLESIA VIVA»: «Afirmaciones para un tiempo de crisis», en IGLESIA VIVA, núm. 109, enero-febrero 1984, pág. 70.

vivas de fe, presentes en medio del mundo y que intenten, con la ayuda del Espíritu, vivir en la sociedad actual los valores fundamentales del Reino de Dios, proclamados y vividos por Jesús: la verdad, la justicia, la libertad, la fraternidad y la paz.

2.ª *No tenemos apenas en cuenta las posibilidades pastorales de la prensa, la radio, la televisión, el cine.* Los modernos medios de comunicación social y, sobre todo, la radio, por las múltiples y funcionales formas que adopta, pueden jugar un papel decisivo en una acción evangelizadora de cara al hombre, cada vez más móvil, de nuestros días. Si la Iglesia, en sus métodos pastorales, no se hace «móvil», «peregrina», «dinámica», no podrá anunciar la Buena Nueva al mundo de la movilidad, que es el mundo en el que la gente vive hoy. Además, en un país democrático, el encuentro fe-cultura debería ser posible y viable a través de los medios de comunicación social. Las dos realidades saldrían redimensionadas y enriquecidas. Una fe al margen de la cultura es una fe desencarnada, sin *humus* donde enraizarse, y apenas asumida y vivida. Y a una cultura sin fe le falta un elemento regenerador básico y corre el peligro de ahogarse en planteamientos sólo materiales. La fe y la cultura necesitan de un anfitrión que les siente a su mesa a dialogar. Ambas saldrían ganando. Y este papel creo que lo pueden y deben jugar con lucidez los medios de comunicación social de la era electrónica.

3.ª En nuestras parroquias, arciprestazgos y diócesis tenemos muchos grupos de catequistas, pero *pocos grupos de acción social, de Derechos Humanos, de «Justicia y Paz».* Y en la década de los 80, marcada por la crisis económica, la inflación monetaria y, especialmente, por la plaga social del paro, sin dejar de lado la renovación litúrgica y catequética que debe todavía intensificarse más, deberían surgir muchos grupos de éstos en nuestra Iglesia. Necesitamos *animadores de la fraternidad cristiana* que sepan despertar y potenciar en nuestras comunidades los valores evangélicos de la justicia, la solidaridad y la caridad no sólo asistencial, sino también estructural, que es aquella con capacidad de crear un conjunto de condiciones económico-políticas, sociales, humanas y morales que hagan posible el pleno desarrollo de toda la persona y de todas las personas. El cristiano que le da un trozo de pan a un hambriento, hace una obra de misericordia (caridad asistencial); pero aquél que hace innecesario este gesto, suprimiendo las causas de la miseria que lo provocan (caridad estructural), lucha de una manera mucho más eficaz en favor de un mundo más justo, humano y fraterno (10).

(10) Cfr. SAN AGUSTÍN: *In Epistola ad Parthos, 8,5: Obras de San Agustín* (B. A. C.), XVIII, pág. 314, citado por CONFERENCIA EPISCOPAL TARRACONENSE: *Misterio pascual y ac-*

4.ª *La improvisación y la rutina todavía son dos defectos muy generalizados en nuestra pastoral.* Se hace necesaria una seria *programación pastoral por objetivos.* Y ¿qué pretende una pastoral de este tipo? Pues, sencillamente: abandonar el cómodo y falso criterio pastoral del «siempre se ha hecho así» y salir de la repetición mecánica y anodina para construir un proyecto válido de evangelización. Y en función de este proyecto, proyectar las actividades de los agentes de pastoral, partir de un análisis objetivo y clarividente de la realidad, valorar los recursos humanos y materiales con que contamos y tener muy en cuenta la medida del tiempo para proponernos objetivos concretos a corto, medio y largo plazo que sean realizables, flexibles y evaluables. De lo que se trata, en definitiva, es de introducir elementos de sana racionalidad en nuestra pastoral y de hacer un análisis realista y crítico (una evaluación) de todo *lo que* se hace, de *cómo* se hace y *para qué* se hace, con el fin de ofrecer un servicio humano cualificado a la Historia de la Salvación. La *programación pastoral por objetivos* no es una técnica de *marketing* ni una simple modernización de instituciones, estructuras y tareas eclesiales. La *pastoral por objetivos* es una manera de situarse ante el quehacer pastoral, y esto implica y exige una nueva mentalidad y un nuevo talante en los agentes de pastoral. No podemos ampararnos en el «misterio» para no revisar seriamente lo que en la pastoral depende de nosotros, como instrumentos de la acción de Dios. La acción pastoral consiste en un conjunto de actividades humanas plenamente observables y que, por tanto, pueden ser evaluadas tanto en su cantidad como en su calidad. Si no evaluamos con rigor nuestra acción pastoral, corremos el peligro de caer en la superficialidad y de confundir lo que hacemos con lo que deberíamos hacer (11).

III. ¿POR QUE TIPO DE IGLESIA DEBEMOS OPTAR?

1.º Urge una nueva presencia de Iglesia en la sociedad española. Este es el gran reto de nuestra pastoral hoy. *La Iglesia española debe encontrar un nuevo talante en la sociedad secular, pluralista y democrática que se*

---

ción liberadora (15 de mayo de 1974), en la colección «Documentos y Estudios» de PPC, núm. 3, pág. 14.

(11) Sobre el tema «Programación pastoral por objetivos», véase el folleto con este mismo título publicado por el Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral y elaborado por ANTONIO BRAVO, RAMÓN ECHARREN, JOSÉ ANGEL UBIETA y JOSÉ MARÍA DÍAZ MOZAZ, Madrid, 1979.

está afianzando en nuestro país. No debe construir un «mundo paralelo» frente al «mundo real», sino que, desde una profunda vivencia de las bienaventuranzas, debe ser fermento, luz y sal de este mundo actual que avanza hacia su plena edad adulta, en medio de muchas contradicciones y paradojas. La Iglesia es más evangélica cuando se abre, cuando consigue expresarse en el lenguaje común de los hombres, cuando se hace activamente presente en los centros de creación de la cultura, cuando acepta, sin complejos, la noble confrontación con todas las corrientes filosóficas, culturales y religiosas en el debate público, cuando comparte, finalmente, las angustias y las esperanzas de la humanidad (12).

2.º *Necesitamos una Iglesia que sepa servir a nuestra sociedad desde el Evangelio.* Y servir a la sociedad desde el Evangelio significa capacidad de llamarla, con una adecuada pedagogía, a la conversión y a la reconciliación. «La Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos» (13).

3.º *Necesitamos una Iglesia que reafirme con fuerza su identidad religiosa* y presente a los hombres de hoy, que viven en un nuevo contexto sociocultural, la Buena Nueva de Jesús de Nazaret que es siempre liberadora, salvadora. Ahora bien, esta presentación de la Buena Nueva de Jesús (evangelización), para que sea creíble y convincente, exige un *precio,* es decir, comporta una serie de exigencias en la manera de ser y de vivir y en la forma de hablar y de actuar de nuestra Iglesia. Efectivamente, la auténtica evangelización ha de costarnos:

a) *fuertes renuncias* de poder, de materialismo, de comodidad egoísta, de falso neutralismo que no quiera comprometerse en la justicia y en la defensa de los derechos humanos, etc.;
b) *una clara superación de ciertas ambigüedades:* antitestimonio personal y colectivo, separación entre fe y vida, contradicción entre teoría y praxis, lenguaje homilético y catequético carente de realismo sociológico, de fuerza pedagógica y de fe viva, etc., y
c) *una opción clara y decidida por las bienaventuranzas,* que son la quintaesencia de la enseñanza de Jesús, el «SENTIDO del sinsentido» y lo más específico y peculiar que podemos aportar a nuestra sociedad los que creemos en el Evangelio.

---

(12) Cfr. JOSÉ MARÍA MARTÍN PATINO: *El católico ante el desarrollo constitucional,* Ed. PPC, Madrid, 1980, colección «Documentos y Estudios», núm. 62, pág. 31.

(13) PABLO VI: *Evangelii Nuntiandi,* 18.

4.º *Necesitamos una Iglesia que sepa abrirse a los valores positivos de la modernidad,* como: la singularidad del individuo, la racionalidad, la autonomía personal y grupal, la secularidad, la tolerancia, el pluralismo, la libertad, la igualdad, la democracia, el diálogo, etc. Si la Iglesia no acepta y asume estos valores humanos básicos, su disfuncionalidad ante el mundo de hoy irá cada día en aumento. Creo que la postura de nuestra Iglesia ante los valores de la modernidad debería ser ésta: asumir estos valores sin absolutizarlos (el único absoluto para un creyente es el Dios de Jesucristo), o dicho de otra manera: adoptar una lúcida postura crítica, profética, ante la modernidad para que ésta no degenere nunca en barbarie. La modernidad concebida como mero avance tecnológico o como simple crecimiento económico nos conduce irremisiblemente a una sociedad carente de sentido o en peligro de asfixia por carecer de horizontes trascendentes. Ahora bien, creo que la Iglesia nunca debe hacer esa crítica desde planteamientos obscurantistas, sino desde argumentos o plataformas de modernidad. Por ejemplo: ha de criticar el individualismo egoísta, que es una degeneración del valor de la singularidad del ser humano. La singularidad del ser humano, valor típico de la modernidad, se vuelve individualismo egoísta cuando olvida la ética de la solidaridad y de la fraternidad. La modernidad del *ser más* se torna modernidad redimida cuando uno se esfuerza por *ser más con los demás* (solidaridad) y *ser más para los demás* (fraternidad) (14).

5.º *En un país como el nuestro, tan fuertemente sacudido por la crisis económica y por el paro, la Iglesia ha de mostrar una gran solidaridad con los que lo padecen.* «Sabemos que la solución del gravísimo problema del paro supera con creces nuestras posibilidades como Iglesia, pero estamos convencidos de que podemos hacer aún mucho más de lo que estamos haciendo. Por ejemplo: apelar a los que tienen el poder y los recursos en el campo político, económico y social; denunciar posibles abusos, invitar a la sobriedad, a la inversión, a la generosidad, al desprendimiento..., yendo por delante con el ejemplo; ayudar en la medida de nuestras posibilidades y con el propio sacrificio en los casos más sangrantes, sin cejar en el empeño de transformar desde la raíz las estructuras injustas» (15).

A la Iglesia nadie debería ganarle en humanidad, nadie debería ganarle

---

(14) Cfr. Discurso pronunciado por JUAN PABLO II ante el Consejo Ejecutivo de la UNESCO (París): «El hombre, hecho primario y clave de la cultura» (2-6-1980), en *Ecclesia,* núm. 1.986, 1980, págs. 16-22, y en la colección «Documentos y Estudios» de PPC, núm. 61.

(15) GABINO DÍAZ MERCHÁN y JOSÉ SÁNCHEZ: «Llamada en favor de los parados. Exhortación pastoral de los Obispos de Oviedo», en *Boletín Oficial del Arzobispado de Oviedo,* núm. 24, 15 de diciembre de 1983, pág. 644.

en la defensa y promoción de los derechos humanos, porque la fe en Jesús que ella proclama nos enseña muy claramente que no es voluntad de Dios que haya injusticias, explotación del hombre por el hombre y desigualdades económicas abismales. Y cuando el auténtico cristiano se dirige a Dios en el silencio de la plegaria no lo hace para encontrar en El un refugio de inercia y pasividad, sino la luz y el valor necesarios para continuar la lucha pacífica, pero tenaz, por un mundo mejor: más justo, humano y fraterno. La fe cristiana no puede ser nunca el descanso ficticio de aquellos que viven tranquilos sin amar al prójimo. Todo lo contrario: la fe cristiana ha de ser el fundamento y el motor de nuestra entrega generosa a los demás. O dicho de otra forma: la caridad es el *test* de la fe, su acreditación.

La Iglesia no puede ser neutral en la defensa de la justicia. No olvidemos las clarividentes palabras del Sínodo Mundial de los Obispos del año 1971: «La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presentan claramente como una dimensión constitutiva del Evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia...»

Nuestra Iglesia, por encima de toda dialéctica partidista, y respetando siempre la justa autonomía de las realidades políticas, sociales y económicas (16), ha de salir siempre en defensa del bien común, y especialmente de los más marginados de nuestra sociedad. Todo angelismo, toda huida, toda inhibición frente a la realidad de nuestro mundo, es neutralizadora de la evangelización de la Iglesia. La Iglesia, sólo manteniéndose en medio del mundo, mezclándose con sus realidades, escuchando sus voces y transmitiéndole fielmente su mensaje, puede ser la Iglesia evangelizadora que nuestra sociedad necesita. Al final es la vieja ley evangélica de que si la levadura y la sal no se mezclan debidamente con la harina y el alimento, no producen ningún efecto (17).

6.º *Necesitamos una Iglesia que sea descubridora y dadora de sentido en una sociedad altamente racionalizada que, mirada globalmente, se ha vuelto irracional.* Necesitamos una Iglesia rejuvenecida que viva el valor de la *autenticidad* en medio de una sociedad en muchos aspectos tarada por la mentira, la hipocresía y la superficialidad; el valor del *saber compartir* en un mundo materialista que sólo sabe conjugar el verbo aca-

(16) Cfr. *Gaudium et Spes*, 36.

(17) Cfr. TEODORO UBEDA: «Paso de una pastoral de cristiandad a una pastoral de evangelización» (Ponencia del Obispo de Mallorca en la Semana Pastoral de aquella diócesis, septiembre de 1980), en *Boletín Oficial del Obispado de Mallorca*, 1 de noviembre de 1980, pág. 412; JOAN BESTARD: «Actitudes de la Iglesia y objetivos de la pastoral, hoy», en *Sal Terrae*, núm. 2, febrero de 1984, pág. 128.

parar y que se arrodilla ante los ídolos del dinero, del poder y de la comodidad; el valor de la *creatividad* en una sociedad cada vez más adormecida en la monotonía y en la rutina, porque ya casi todo lo encontramos pensado, programado y hecho; y el valor de la *alegría* ante tanta gente «quemada», resentida, y que no encuentra sentido alguno a la vida.

7.º *Finalmente, necesitamos una Iglesia que sea para el hombre de nuestros días un espacio de libertad, de acogida y de diálogo.* Si bien acoger a todos no puede significar nunca extender un velo sobre los pecados para no verlos. La auténtica acogida cristiana ha de significar siempre un ofrecimiento de salvación, invitando a todos a una sincera conversión de corazón que se traduzca en un comportamiento coherentemente cristiano desde el punto de vista ético. La Iglesia no puede acoger ni unir desde posiciones petrificadas de injusticia o de explotación. La Iglesia, ante un mundo dividido y roto por el pecado, ha de ser un espacio de reconciliación donde todos perdonan y se siente perdonados, desde una profunda conversión personal. Dicha reconciliación es elemento constitutivo de la Iglesia como tal y a la vez su tarea permanente, nacida de la proclamación de la Buena Nueva de Jesús.